

sin experimentar el menor dolor; solo toma las precauciones exigidas por la debilidad consiguiente a sus sufrimientos pasados y a su larga permanencia en la cama.

« El ha querido que su primera salida fuese para la Santísima Virgen. El 8 de este mes, día de la Inmaculada Concepcion, fuimos a las siete de la mañana, a la misa de Mr. Amanthon, al convento de los PP. Dominicos, y en la tarde, a las cuatro, a Nuestra Señora de las Victorias, donde se han asociado bondadosamente a nuestra novena. El domingo siguiente, fuimos a la misa al convento de los PP. Capuchinos, donde nos encontramos una numerosa reunion de amigos, que despues de haber orado tanto por él, se regocijaron con nosotros por esta curacion tan imprevista, humanamente hablando. En fin, en la tarde asistimos al Depósito del Santísimo Sacramento, en la capilla de Nazaret, en donde fuimos acogidos igualmente con numerosas pruebas de gozo y de felicidad.

« Debo añadir, para no faltar en nada á la verdad, que estos dos días de salidas sucesivas le han ocasionado una poca de fatiga, a consecuencia de la cual experimenta en su paso cierta dificultad que no experimentaba ántes del 8 de Diciembre; pero no siente ningun dolor. Nosotros no nos quejamos por esto, y si debiera permanecer así, tampoco nos quejaríamos. Esto seria como un recuerdo de su larga enfermedad, durante la cual ha recibido tantas gracias completas y coronadas por esta gracia suprema de una curacion que, contra las previsiones de la ciencia, nos ha llegado tan súbita, tan instantáneamente.

« Hé aquí la relacion fiel y exacta de la curacion de mi hijo. He aquí un hecho conocido por multitud de testigos. Mi hijo, de edad de cerca de catorce años, estaba enfermo desde hace quince meses. *Enfermo, paralitico de una pierna, sufriendo enormemente, se le ha puesto en la pierna una média de Pio IX*; INMEDIATAMENTE *los sufrimientos cesaron*. Algunos días despues, anda solo y sin apoyo, con grande admiracion de todos los que lo han conocido. El hecho cada uno lo

explicará como lo entienda; *a mí no me toca apreciarlo públicamente*: yo guardo en mi fuero interno los sentimientos que llenan mi corazón de admiracion y de amor; pero no puedo impedirme el exclamar con mis parientes y mis piadosos amigos:

« ¡Vivan JESUS y MARÍA! ¡Gloria a Pio IX! Dignaos recibir, etc.

« Ch. Desperrins. »

El *Echo de Fourriere*, al citar la última parte de esta relacion, la acompaña de las reflexiones siguientes:

« De todas partes nos llegan relatos de curaciones atribuidas a la bendicion del Santo Padre, ó al contacto de los vestidos que le han pertenecido. Los autores de estos relatos se guardan bien, así como nosotros mismos nos guardamos, de atribuir a estos hechos un carácter milagroso. Solo a la Iglesia está reservado este derecho.

« El Vicario de Jesucristo participa del amargo cáliz de su Maestro, ora con Él en el jardín de los Olivos. ¿Nos debemos admirar, pues, que la virtud de su oracion inspire una confianza ilimitada? ¿Qué espectáculo mas encantador que el de la indulgencia de este buen Pastor, que agobiado con la solicitud del gobierno de la Iglesia en estos tiempos difíciles, quiere algunas veces dirigir sus miradas hácia una de las mas humildes ovejas de su rebaño, unirse a las intenciones personales que le son manifestadas, y hacer violencia al cielo por el efecto de esta fe que transporta las montañas! « Reíos si os agrada, espíritus fuertes, de este pobre enfermo que coloca sus labios sobre un giron del blanco ropaje del sucesor de San Pedro; él nos recuerda a la mujer del Evangelio que se aproximó a Jesus, diciéndole: « Si puedo tocar solamente la orla de sus vestidos quedaré sana. »

« Reíos de estos padres desconsolados, que poniendo al servicio de su fe la velocidad de la mas maravillosa de las invenciones modernas, exclaman como el Centurion: « Señor, decid solamente una palabra y mi hijo quedará sano. »

prisiones del fuerte de San Nicolás, y puso todo su cuidado en adornar la capilla destinada a los presos.

« La iglesia de San Carlos no ha olvidado la numerosa concurrencia de oficiales y soldados que viene desde hace tanto tiempo, todos los domingos, a asistir a la misa militar, habiendo dado el ejemplo el general de division y una gran parte del estado mayor. Pocos de entre nosotros saben tal vez que la Srita. Lautard tuvo mucha parte en esta creacion, especialmente favorecida por el excelente general de Courtigis, tan adicto a las cosas sublimes.

« Esto no era bastante, y como la caridad tiene recursos para todos los lugares y para todos los tiempos, se vió una tarde en los salones suntuosos de uno de nuestros mas ricos banqueros, a la buena Srita. Lautard, acompañada de nuestro primer magistrado, para pedir a la multitud alegre y dichosa una limosna para aquellos cuya habitacion es sombría y que no tienen pan.

« Muy pronto las obras del dia no bastan a la piedad de la Srita. Lautard. Mr. de Mazonod acababa de establecer la fundacion admirable de la Adoracion perpétua, tanto tiempo meditada por él. La Srita. Lautard, cuyos sentimientos religiosos aumentaban al paso que las fuerzas de su cuerpo se debilitaban y gastaban con el santo y fatigoso ejercicio de la caridad, tomó un gusto extremo por estas oraciones nocturnas al pié del Santísimo Sacramento. Ella nos dijo frecuentemente cuán gratas le eran estas noches silenciosas al pié del altar, y cuánta necesidad sentia de una vida ménos agitada y más solitaria. Aquí es seguramente donde se le manifestó el proyecto de vida religiosa y fundacion de un convento de *Hermanas reparadoras* que queria, poco tiempo antes de su muerte establecer en nuestra ciudad.

« Ya la Srita. Lautard habia hecho un viaje a Roma; su alma tan tiernamente religiosa sintió allí una viva impresion, y Roma que debe guardar sus restos al lado de sus gloriosos mártires, en uno de sus más ilustres templos, la recuerda por todos estos rasgos piadosos. Hace un año que nos

abandonó para no volvernos a ver, y que nos dió su último adios mostrándonos, con gran placer, lo que habia podido coleccionar para el Óbolo de San Pedro.

« Esta obra tan católica llamó con justo motivo toda su atencion, como todo lo que interesaba a la Santa Sede. Las numerosas cartas que nos ha escrito de Roma, y que guardamos con tanto aprecio, manifiestan su adhesion y su fe. ¡Con qué acentos tan conmovidos nos pintaba la bella ceremonia de la consagracion de Mr. Place, y cuánta verdad decia cuando nos prometió que estaríamos muy contentos con tener muy pronto por primer pastor a este obispo segun el corazon de Dios!

« En el mes de Noviembre último, nos escribia:

« Los rumores más contradictorios circulan en Roma: la serenidad, la calma, el abandono del Papa en medio de las siniestras conjeturas que se hacen, inspiran más confianza que temor. Las hijas de Jerusalem seguian a Nuestro Señor en el Calvario; un sentimiento filial me detiene en Roma. Oremos: el poder de la oracion obtiene todo.»

« El 10 de Diciembre nos hablaba de estos nobles hijos de la Francia a quienes el corresponsal de un diario se ha atrevido, hace algunos dias, a llamar mercenarios:

« Nuestros queridos zuavos han hecho su entrada en Roma; han pasado bajo mis balcones. Es lo mas selecto de la nacion francesa. Tienen la energia que da el espíritu de fe. Es muy bello verlos comulgar antes de tomar las armas. «Esta mañana mil ochocientos, con su música a la cabeza, llegaron valerosamente a la Ciudad Eterna, resueltos a derramar su sangre por la causa de Dios; al verlos, no puede uno ménos de recordar a la legion Tebana. Yo he sido testigo de un espectáculo muy conmovedor; el Santo Padre los encontró en su tránsito, y cayeron todos de rodillas como un solo hombre; el Santo Padre los bendijo con el amor de un Padre inspirado por el sacrificio de sus hijos. Los Flamencos y los Bretones se distinguen particularmente; las tradiciones antiguas se conservan entre ellos; los hijos

«las han heredado. Esta tarde han acompañado al Papa al Vaticano, y lo han victoreado con el entusiasmo de corazzones cristianos. Es imposible no llorar al ver á nuestro venerable Pontífice fijar un instante su mirada afable sobre súbditos que le son tan adictos y cuya fidelidad le está asegurada. ¡Cuán bella es la posición del soldado cristiano en nuestra época, en las condiciones de nuestros zuavos! Si la juventud francesa desocupada comprendiese la felicidad de servir a Dios, las familias serian dichosas y benditas así en este mundo como en el otro. Yo he visto a algunos jóvenes que olvidando un instante el buen camino de la vida, han tenido la felicidad de comprenderlo y son hoy dichosos, puros como los ángeles, adictos a la Iglesia y al Vicario de Jesucristo. Su única ambición es el martirio; se complacen con solo pensar en esto; yo veo cosas admirables sobre este particular.

«Adios, querido señor y amigo; oremos.»

El sábado 15 de Diciembre, la víspera misma del día en que hizo en manos del Santo Padre el heroico sacrificio de su vida, y depositó a sus piés su abundante colecta para el Óbolo de San Pedro, nos escribía en una carta conmovedora que la muerte dejó sin acabar:

«Continuamos en la calma mas completa. Los queridos zuavos que son ahora los franceses, tienen el valor del leon; toman sus fuerzas en la sangre de los mártires. En general son piadosos como los ángeles; dejan el puesto en los momentos libres; depositan el saco y las armas para ir a arrodillarse a los piés del sacerdote; no abandonan jamás el santuario sin ir a orar a los piés de la Reina de los ángeles; son los hijos de la Iglesia.» *

Hé aquí cómo han contado los diarios religiosos, segun sus correspondencias de Roma, la muerte de esta generosa cristiana:

«La señorita Amelia Lautard abandonaba algunas veces

* Julio de Magallon, Gazette du Midi.

su ciudad (Marsella), para venir a Roma. Ella era seguida por esta idea sublime de la *Reparacion*, idea que de preferencia se apodera de las almas puras, y que ella queria poner en práctica. Antes de fundar el instituto que era su delirio, se habia ejercitado en la práctica de las virtudes de la humildad y de la caridad. Muy hospitalaria, habia recibido en su casa a los religiosos, a los sacerdotes y a los pobres; a todo el que conocia convidaba a su mesa. A sus expensas habia dotado el hospital de Marsella de las Hermanas de San Vicente de Paul, y tomado la iniciativa de diversos establecimientos de regulares; por último, se desembarazó de una cosa que le molestaba: la fortuna.

«Sin embargo, el ensueño de sus meditaciones, de su amor, no se realizó. Dificultades, de esas dificultades que Dios coloca siempre, con un fin misericordioso, sobre el camino de sus santos, detuvieron su curso.

«El domingo 16 de Diciembre, tuvo la felicidad de ser admitida a la audiencia del Papa. Habia solicitado esta audiencia a fin de depositar, por la última vez, a los piés de Su Santidad, una ofrenda para el Óbolo de San Pedro. En la conversacion pidió permiso para ofrecer a Dios su vida, en reparacion de los ultrajes a la majestad del Vicario de Jesucristo, y a fin de obtener de Dios la salud de Pio IX y el triunfo de la Iglesia. Parecia que una resolución sublime se habia apoderado de su alma.

«El Papa respondió, a lo que se asegura:

«Yo no puedo, hija mia, permitiros tal sacrificio.

«Hágase segun la gracia y la voluntad de Dios.»

«Apénas la señorita Amelia Lautard entró en su habitación, cuando cayó gravemente enferma. En algunas horas, su estado que, en la mañana, era, en verdad, el de una persona achacosa, se agravó mucho. Se llamó a un sacerdote, y recibió, con una compuncion angélica, los últimos sacramentos, rodeada de sus amigos y de una multitud de hermanas y fieles que habian amado y admirado sus virtudes. Ella sufrió tres días, sin cesar de ofrecer a Dios sus dolores y su

«Aquel a quien los fieles, así como los pecadores, los herejes, y aun los mismos paganos llaman el Santo Padre, ¿puede permanecer sordo a las súplicas que se le dirigen? Por otra parte, ¿el reconocimiento puede permanecer en silencio? La prudencia, es verdad, quiere imponer la discrecion, por las voces mas respetables; pero miéntras mas se la recomienda, grita mas fuerte. Así lo hacian los leprosos del Evangelio.»

«La revolucion anti-cristiana, queriendo herir al corazon de la Iglesia que tiene las promesas de vida eterna, no ha conseguido mas que despertar y hacer mas ardiente que nunca el amor de los cristianos al representante de Jesucristo sobre la tierra. Las pruebas que ha sufrido el buen Pio IX, no han servido sino para hacer mas enérgicas estas palabras del real salmista: *Juxta est Dominus iis qui tribulato sunt corde.*

«¡El Señor se acerca a los que sufren, escucha sus ruegos! ¡Hé aquí, oh Santo Pontífice, el secreto de vuestro poder! ¡Hé aquí la razon de la confianza que tenemos en vuestro valimiento sobre el corazon de Dios!»

Las víctimas voluntarias por el triunfo de la Santa Iglesia.

A pesar de lo calamitoso de los tiempos, las pruebas de la Santa Sede suscitan en todas las clases de la sociedad sublimes sacrificios, que manifiestan a los mas ciegos que la causa de la Iglesia no está perdida.

El movimiento que agita los espíritus está caracterizado así por Mr. Mermillod, en una admirable carta circular que acaba de dirigir al clero de Ginebra:

«Es un magnífico espectáculo el que presenta el universo católico. Desde los campos mas remotos hasta las ciudades mas populosas, la oracion se eleva unánime y sube hácia Dios por el ilustre Pontífice. Los hechos mas heroicos de la

historia se renuevan, y lo que tuvo lugar bajo Alexandro VII, se reproduce de nuevo a nuestra vista.* Estas oraciones y estos sacrificios secretos moverán el corazon de Dios. Si las aflicciones de nuestro Padre deben crecer todavía, no dudamos que por este camino de dolor, tendrá el glorioso destino de ser uno de los mas fecundos conquistadores de las almas en el órden espiritual, uno de los mas poderosos restauradores de la unidad religiosa en el mundo. De esta suerte habrá apresurado la hora bendita en que no se vea sino un solo redil bajo un solo Pastor.»

¿Qué cosa hay mas edificante que ver en Roma a los nuevos cruzados ir a renovar cada dia, al pié de los santos altares, el valor que les ha llevado a ofrecer su vida por el triunfo de la causa de Dios? Pero hé aquí que estos valientes jóvenes han encontrado émulos cuyo sacrificio ha sobrepujado, si es posible, al suyo: son estos generosos cristianos, más numerosos, que parece que hoy, mas que en ninguna otra época, se ofrecen a Dios en sacrificio, por el Santo Padre y por la Iglesia. Es necesario que conozcamos todas las inmolaciones de este género que se realizan, ya en el mundo, ya en los claustros. Varias, sin duda, no se consuman sino en deseo, y no son por esto ménos meritorias. Otras son aceptadas por Dios, y se efectúan, bajo la vista de los ángeles, con tanto mas fruto para la Iglesia, cuanto que se escapan mas completamente a las miradas de los hombres. Dios no quiere, sin embargo, ocultar todos estos actos heroicos a nuestro conocimiento; y en estos últimos tiempos, para consolar nuestros ojos afligidos con el espectáculo de tantas traiciones, ha permitido que fuésemos los confidentes de muchos de estos holocaustos. «Ya, dice el P. Ramiere en el *Messageur du Sacré-Cœur*, hemos hecho conocer a nuestros

* La peste desolaba a Roma; cuando una niña, pensionista de la Visitacion, se ofreció a Dios para obtener que el Soberano Pontífice fuese librado de ella. Dios oyó su voto: ella murió como víctima, y Alejandro VII se salvó. Existe una admirable carta de la Madre de Chaugy sobre este asunto.

lectores algunas de las señales que no permiten dudar que la muerte del P. Villefort sea el efecto de una inmolación de este género.*

La señorita Amelia Lautard ofrece su vida por Pio IX.

Vamos a reproducir una noticia publicada por la *Gazette du Midi*, sobre la señorita Amelia Lautard, que edificará á nuestros lectores:

«Nunca es tarde para llenar un deber de justicia y de re-

* Los acontecimientos que agitaron al gobierno pontificio en 1848, y en 1860, y que lo agitan todavía de una manera tan deplorabile, hacen brillar en él otra virtud que es la piedra de toque de todas las demas: el sacrificio mas cordial y mas generoso por la causa de la Santa Sede y del Pontífice-Rey.

El padre de Villefort se ha ofrecido como víctima por Pio IX. Algunos dias ántes de la enfermedad que le atacó tan violentamente, decia a un P. de la Compañía de Jesus que estaba gravemente enfermo: «Valor, padre mio, es visible que en los tiempos en que estamos, Nuestro Señor quiere una víctima.»

Algunos dias despues, por servir a varias personas piadosas que no temieron poner a prueba su extrema condescendencia, fué a las catacumbas donde celebró misa y pasó dos horas en ayunas; salió de aquí con el germen de un mal que se desarrolló rápidamente. El sábado en la tarde, 24 de Noviembre, recibió el Santo Viático; al dia siguiente, domingo, la Extrema-Uncion. El lunes a las ocho y diez minutos de la mañana ya no existia.

Cuando él vió acercarse su fin, completamente dueño de todas sus facultades, pidió que se le llevasen todos sus papeles, todas sus cartas, y él mismo hizo tres partes. Remitió a su confesor todos los papeles que tenían relacion con su empleo de secretario, así como las cartas por contestar, despues hizo arrojar al fuego todo lo que era negocio de conciencia. Habiendo puesto en órden todos sus negocios con una gran tranquilidad de espíritu, pensó en sus amigos, dejando a cada uno un recuerdo. Hablándole su confesor del sacrificio que tenia que hacer, respondió el santo religioso: «Sí, sí, padre mio, ofrezco con todo mi corazon mi vida a Dios, por la Iglesia, por la Compañía y por . . .» Quiso que esta tercera intencion quedase secreta.

conocimiento. Si nosotros no hemos delineado antes esta corta noticia, que otra mano mas hábil deberá completar un dia, era porque teniamos que luchar contra la modestia verdaderamente excesiva de una familia habituada á hacer el bien por solo la satisfaccion de su conciencia. Nosotros debimos comprender y respetar algun tiempo estos piadosos escrúpulos; pero diversos diarios, de fuera de Marsella, nos adelantaron ya; ellos hablan de la santa vida y de la muerte excepcional de este ángel de caridad, cuyo recuerdo es un honor para su ciudad natal. Nos era imposible vacilar por mas tiempo, y a pesar del conocimiento de nuestra insuficiencia, no podemos callar lo que hemos visto y admirado durante muchos años. Lo que vamos a decir será necesariamente incompleto. No tenemos ahora mas que nuestros recuerdos personales y los de algunos amigos; mas tarde, sin duda, se podrán añadir otros detalles y extractos de correspondencias que acabarán de hacer conocer esta bella alma, este espíritu predestinado; pero Dios solo puede saber esa multitud de buenas obras que llenaron toda la existencia de la señorita Lautard, todos esos actos continuos de asistencia moral y material, por los que no se cesaba de tocar a la puerta de esta casa de la calle de Grignan, que los desgraciados miran hoy con una tristeza profunda.

«La hija del honorable doctor Lautard habia conservado las mejores relaciones de la sociedad que habia adquirido desde hace muchos años; a todos llamaba la atencion la finura y penetracion de su espíritu, su amabilidad llena de tacto y de oportunidad. Aun en Paris, en los nobles salones del barrio de San German, donde viven todavía las tradiciones y el amor a las grandes cosas, se complacian en recibirla, y esto sirvió mucho para el éxito de sus buenas obras, de sus caritativas empresas.

«Hace algunos años, tal vez lo recuerden nuestros conciudadanos, no temió esta mujer modesta, ir hasta el gefe del Estado para obtener el indulto de un sentenciado, el cual obtuvo. Este degrañado le deberá muy pronto la libertad.

«La Srta. Amelia Lautard, se interesó muy activamente en la creación de casi todas las fundaciones importantes con que está enriquecida nuestra católica ciudad, y los fundadores de éstas solicitaban ante todo la asistencia de sus eficaces auxilios.

«Hemos oído declarar hace algunos días, a uno de los padres más justamente venerados de la Compañía de Jesús, que a ella debían su establecimiento en Marsella. El venerable padre de Magallon, solicitó igualmente el apoyo y ayuda de esta infatigable protectora, para la última fundación de su apostolado, la casa de retiro de San Bartolomé, que Dios ha bendecido tan visiblemente.

«Las admirables Hijas de la Caridad, las Hermanas de la Esperanza, tan útiles para nuestros enfermos, no fueron menos dichosamente secundadas por la Srta. Lautard.

«La actividad a toda prueba, que no podía aflojar una salud quebrantada, estaba al servicio de todas las creaciones útiles. Así como se dice de una mujer mundana que es de todas las fiestas, así podemos decir para honra suya, que era de todas las caridades. En su casa se formó y se reunió hasta su partida a Roma, la junta del Santo Bálsamo, destinada a restaurar la piadosa peregrinación de Santa Magdalena, y allí oímos por la primera vez las admirables palabras del gran orador de Nuestra Señora, recomendando a los cuidados de los marsellese la gruta de la ilustre penitente.

«Estrechamente unida a la Orden de Santo Domingo en su calidad de tercera, la Srta. Lautard tomó una parte decisiva en el llamamiento de los Hermanos Predicadores, primero en San Maximino y después en Marsella. Ella fue la que hizo los gastos de su instalación y eligió su primera habitación entre nosotros. Ellos le deberán también la insigne reliquia que dentro de poco va a posar en la capilla de la calle Montaux.

«La habitación de la Srta. Lautard recibía las más nobles visitas. Hemos encontrado allí frecuentemente a lo que nuestra Francia tiene por más ilustre entre los obreros in-

fatigables de santas causas y buenas obras. Nosotros todavía conservamos como uno de nuestros mejores recuerdos, los instantes que pasamos un día con el afable y piadoso prelado romano, Mr. Stonor, antiguo secretario del cardenal Wisemann, y con Mr. Charbonnier, este intrépido confesor de la fe, prisionero por diez años en una jaula de fierro, y que evangeliza todavía a lejanas comarcas con nuestro digno y venerado amigo Cárlos Chabrier.

«La abnegación de la Srta. Lautard para las obras de misericordia corporal, no era inferior a su celo por los intereses religiosos. ¡Cuánto se complacía en visitar a los pobres enfermos, y principalmente a los del hospital militar, el que guarda de ella un precioso recuerdo, y debe a sus activos pasos la presencia tan útil de las buenas Hermanas de la Caridad! Nosotros tuvimos algunas veces el honor de acompañarla en estas piadosas visitas, y no podemos menos de recordar con un profundo sentimiento de veneración, la manera admirable con que sabía hablar a los pobres afligidos. Su simpatía por sus dolores era tan visible que obtenía de ellos verdaderas y admirables conversiones a Dios. Entre ellos recordamos a algunos oficiales franceses, a los que hizo conocer la verdad y condujo a las prácticas religiosas.

«Nuestros soldados le eran particularmente queridos. Durante la guerra de Crimea, no cesó de pedir para los heridos, lienzos, hilas y todo lo que podía ser útil para el bien del alma y la salud del cuerpo. Para ella era un dulce gozo expedir estos preciosos socorros para nuestros gloriosos combatientes de Sebastopol. Estos tiernos cuidados pusieron a la Srta. Lautard en relación más frecuente con nuestras autoridades militares, y gracias a lo que hizo y había hecho ya por nuestro valiente ejército, se trató de concederle la cruz de la Legión de honor. Ella rehusó esta distinción excepcional, y pidió solamente que le fuese concedido un derecho particular de conmutación de pena a los prisioneros, de presentación ó de recomendación, lo cual le fue concedido. Por esta época, obtuvo la creación de la limosnería de las